

## **Reflexiones sobre la mirada comparada en el estudio de las prácticas profesionales de los sociólogos de la Universidad de Buenos Aires**

*Blois, Juan Pedro. - pedro.blois@gmail.com*

UNGS- CONICET

Recibido: 10-05-2017

Aprobado: 20-11-2017

**Resumen:** El presente artículo se propone reflexionar sobre algunas de las estrategias de análisis empleadas en el marco de una investigación sobre el desarrollo de la sociología como profesión en la Argentina. En particular, procura examinar el papel que tuvo la mirada comparada a lo largo de ese proceso. Si bien la investigación estuvo centrada en un solo caso –la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires y sus graduados–, la confrontación con otras realidades (profesionales, históricas y nacionales) fue una iniciativa fundamental a la hora de construir las preguntas y respuestas de ese trabajo. A partir del análisis de uno de los ejes de aquella investigación –la relación entre sociología académica y sociología extra-académica y, conectada con ella, la cuestión de la autonomía en el ejercicio de la disciplina–, se reflexiona sobre la construcción de la distancia analítica, facilitada por la comparación, en el abordaje de realidades sociales de las que el investigador forma parte activa.

**Palabras clave:** sociólogos - prácticas profesionales – UBA - comparación

**Abstract:** This article seeks to reflect on some of the analytical strategies used in a study on the development of sociology as a profession in Argentina. In particular, it examines the role the comparative approach had during that research. Although the

work was centered in only one case –the Sociology undergraduate degree of the University of Buenos Aires and its graduates-, the contrast with others realities (professional, historical and national) was fundamental in order to elaborate the questions and answers of that research. Through the analysis of one of its axes (the relationship between academic sociology and extra-academic sociology and, in connection to that, the question of autonomy), comparison is examined as a strategy to get analytical distance in the study of social reality in which the researcher is actively engaged.

**Keywords:** sociologists - professional practices – UBA -comparison

## **Introducción**

*«El sociólogo que toma como objeto de estudio su propio mundo, en aquello que tiene de más próximo y familiar, no debe, como hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino exotizar –si se me permite la expresión– lo doméstico mediante una ruptura de la relación primera de intimidad con los modos de vida y de pensamiento que permanecen opacos para él porque son demasiado familiares. »*

Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, 1988.

El presente artículo se propone reflexionar sobre algunas de las estrategias de análisis empleadas en el marco de una investigación sobre el desarrollo de la sociología como profesión en la Argentina. Ese trabajo, inscripto en una “sociología de la sociología”, tuvo como objetivo analizar la relación entre la socialización universitaria de los sociólogos de la UBA y sus prácticas en el mundo del trabajo. En particular, se propuso ver cómo el conjunto de ideas sobre la disciplina y el rol del sociólogo que los graduados incorporaban durante la realización de sus estudios condicionaba sus

trayectorias laborales, sus opciones profesionales y la forma en que se desempeñaban en las distintas esferas o instituciones donde se insertaban<sup>1</sup>.

Pese a la creciente participación de los sociólogos en el mercado de trabajo, al momento de comenzar aquella investigación, eran pocos los trabajos sobre la temática<sup>2</sup>. Había, sin embargo, un grupo de valiosos textos que se habían propuesto describir aquello que hacían los sociólogos y los lugares donde se insertaban. En esos trabajos, luego compilados en Rubinich y Beltrán (2010), el crecimiento y diferenciación de las inserciones laborales eran abordados desde un enfoque que privilegiaba la dimensión objetiva de los cambios, prestando particular atención a las transformaciones técnicas y organizativas experimentadas por un conjunto de instituciones que se habían vuelto demandantes de saberes técnicos. Beltrán, en ese marco, refería la conformación de un “mercado del saber experto” integrado por distintos “subcampos” profesionales: el Estado, las empresas, las ONG, la academia, cada uno dotado de una lógica propia y demandando un tipo de práctica sociológica específica (Beltrán, 2010, Rubinich y Langieri, 2007).

Ese enfoque, sin embargo, resultaba limitado. Es que el ejercicio de las prácticas laborales de los sociólogos, como cualquier práctica social, es un proceso de construcción social cotidiana donde, además de condicionamientos objetivos, entran en juego un conjunto de categorías o principios de interpretación del mundo que orientan la acción de los sujetos. La idea que guió mi investigación es que para entender el desarrollo de aquellas prácticas no alcanzaba con referir solamente los condicionamientos objetivos (el hecho de que ciertas instituciones, virtud de su propia dinámica, habían incorporado sociólogos: el Estado entrando en un proceso de “tecnificación”, las empresas “modernizándose”, las ONG “profesionalizando” sus cuadros, etc.). Los diversos escenarios donde los sociólogos se integraban no eran, en

---

<sup>1</sup> La investigación fue desarrollada en el marco de mi doctorado y estuvo basada en la producción y análisis de un vasto *corpus* empírico que, además de diversos materiales documentales, incluyó la realización de más de cincuenta entrevistas a graduados con diversas inserciones profesionales (Blois, 2012). Como podrá verse a lo largo de este artículo, varios de los hallazgos y conclusiones de esa investigación fueron publicados. El lector podrá encontrar allí un desarrollo más amplio y sistemático de varias de las cuestiones que aquí, por razones de espacio, sólo pueden ser presentadas de modo apretado y desprovistas, en buena medida, del aparato de pruebas empíricas que las sustentan.

<sup>2</sup> Actualmente esa situación ha comenzado a cambiar, multiplicándose las publicaciones sobre la cuestión. Cf. Biasotti (2015), Bogani *et al.* (2013), Diez (2017), Morales *et al.* (2015), Pereyra *et al.* (2015).

efecto, estructuras ya dadas a la que los sujetos se amoldaban sin más, una realidad que existía con independencia de las orientaciones y valoraciones de los individuos. En ese sentido, las categorías de pensamiento con la que los sociólogos leían esos condicionamientos eran pues centrales para entender el desarrollo de sus prácticas y la formación de su mercado de trabajo. Si es cierto que las posiciones que alcanzaban los sociólogos en el mercado de trabajo estaban limitadas por las condiciones objetivas –el desarrollo de ciertas instituciones susceptibles de incorporar sociólogos–, no es menos cierto que esas condiciones estaban siempre mediadas por el conjunto de esquemas clasificatorios que los orientaban. Como indica Bourdieu, lo social tiene una doble existencia: está en las cosas, pero también, y con fuertes consecuencias para la producción de esas cosas, en los esquemas de percepción, pensamiento y acción que los sujetos ponen en juego en sus iniciativas cotidianas (Bourdieu, 1997).

De ahí el interés de estudiar y reconstruir los principios de visión de los sociólogos y, en particular, el espacio de socialización universitaria donde, en buena medida, esos principios eran formados y reproducidos: la Carrera de Sociología de la UBA. ¿Cómo preparaba esa carrera para el desarrollo profesional? ¿Cuál era el ideal de sociólogo predominante? ¿Qué ideas transmitía sobre los trabajos disponibles para los graduados? ¿Cómo pensaba la labor académica *vis a vis* las actividades laborales desarrolladas más allá de sus fronteras (en el Estado, las ONG y las empresas privadas)? ¿Cómo pensaba su relación? Esas fueron algunas de las preguntas que fueron orientando la investigación.

Mi enfoque, cabe aclarar, buscaba analizar los efectos que la mirada sobre la sociología incorporada durante la socialización universitaria tenía en las formas en que los sociólogos asumían el ejercicio de su disciplina una vez graduados. El interés, en ese sentido, no fue medir la pertinencia de la formación que brindaba la Carrera o su eventual ajuste o desajuste a las demandas del mercado laboral (como es el caso en buena parte de los estudios sobre graduados). Lo que me interesaba era ver cómo influían el conjunto de valoraciones y orientaciones para la acción transmitidas por esa institución en las prácticas de los sujetos: en la elección de un trabajo u otro, en las racionalizaciones que construían para explicar las opciones tomadas, en la definición

de aquellas cosas que les resultaban interesantes y aquellas que les generaban incomodidad, en su vinculación con sus clientes o empleadores, etcétera.

Por supuesto, centrarse en los efectos de la socialización universitaria no implicaba atribuir a las ideas o esquemas de percepción transmitidos por la Carrera un carácter estático que se mantendría sin cambios a lo largo del tiempo, indiferente a las distintas prácticas que desarrollan los sociólogos una vez graduados. Como indica Piriou en su trabajo sobre los “sociólogos practicantes” en Francia, la forma de entender la sociología de los sociólogos tiene un doble anclaje. Es el resultado de un proceso de socialización universitaria –donde se adquiere no sólo un conjunto de conocimientos técnicos, sino una visión moral sobre lo que es y debe ser la disciplina–, pero también el producto de las interacciones que los sociólogos mantienen entre sí y con otros actores en sus ámbitos de trabajo. De hecho, a medida que pasa el tiempo, los sociólogos van desarrollando, en función de sus posiciones, sus experiencias, los objetivos de las instituciones de las que forman parte y de sus nuevos mundos de referencia, otras formas de entender la sociología que, en varios casos, se distancian de la definición adquirida en el paso por la universidad. Sin embargo, si bien siempre sujetas a discusión en cuanto a sus sentidos legítimos, los principios e ideas sobre la sociología incorporados durante la socialización universitaria permanecen como marcas duraderas a la hora de clasificar los escenarios laborales y frente a las cuales es preciso tomar posición (Piriou, 2006).

Ahora bien, ¿cómo proceder al estudio de una realidad que, graduado y docente de la Carrera de Sociología de la UBA, me era tan próxima? ¿Cómo tomar distancia de unos principios de visión del mundo y de lo que la sociología era y debía ser que yo, formado en la misma institución que mis entrevistados, compartía con ellos? ¿Cómo inducir en una situación tan particular el nivel mínimo de extrañeza que todo estudio sistemático y con pretensiones de objetividad reclama del observador?

Este artículo procura analizar el papel que tuvo la mirada comparada a lo largo de mi trabajo de investigación. Si bien esa investigación estuvo centrada en un solo caso –la Carrera de Sociología de la UBA y sus graduados–, la comparación fue un recurso metodológico fundamental a la hora de producir el anhelado distanciamiento y de construir las preguntas y respuestas que la orientaron. El contraste del caso de la

UBA con otras realidades (profesionales, históricas, nacionales) tuvo un papel central a lo largo del trabajo. Ese papel será ilustrado a partir de la consideración de uno de los principales ejes de esa investigación: el análisis de la relación entre sociología académica y sociología extra-académica y, conectada con ello, la cuestión de la autonomía en el ejercicio profesional de la disciplina. En primer lugar, se presentará la forma en que la Carrera de Sociología se relacionó con el proceso de ampliación y diferenciación de las prácticas profesionales de sus graduados desde su reorganización a partir de la vuelta de la democracia. A continuación, se examinará cómo la relación entre sociología académica y sociología extra-académica (y la cuestión de la autonomía) se planteaba en los discursos y prácticas de los graduados. Ambos apartados buscan presentarle al lector una parte de los hallazgos de mi investigación con el fin de contextualizar la reflexión sobre la comparación y darle elementos que sirvan para ver cómo ella contribuyó a la conceptualización de esos hallazgos; algo que será trabajado en el tercer y último apartado en una perspectiva que pretende abrir la “trastienda” de la investigación<sup>3</sup>.

### **La divisoria entre sociología académica y sociología extra-académica en la Carrera de Sociología de la UBA**

Desde la vuelta de la democracia, pero con particular fuerza a partir de los años noventa, se dio un proceso de fuerte crecimiento y diferenciación de las inserciones laborales de los sociólogos. A la recuperación y normalización de las instituciones académicas que ampliaban los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación, se sumaron un conjunto de instituciones extra-académicas que comenzaron a contratar un número creciente de sociólogos (dependencias estatales,

---

<sup>3</sup> Sobre la comparación en sociología y ciencias sociales, existe una amplia bibliografía. Para una revisión de los distintos tipos de análisis comparados, Cf. Dogan (2009), Sartori y Morlino (1991) y Vigour (2005). Para un análisis de los usos de la comparación en Durkheim y Weber, ver Ragin y Zaret (1983). Es interesante también el conjunto de ponencias presentadas en el encuentro “El comparativismo como problema, Por un enfoque transnacional para la historia cultural latinoamericana” realizado en 2003 y recopilados en el número 8 de *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. Aquí, más que una reflexión general sobre el método comparativo (y sus variadas versiones), se busca presentar algunos de los desafíos enfrentados a la hora de estudiar a la propia “tribu” en una línea afín con aquella planteada hace algunos años por Catalina Wainerman y Ruth Sautú en un célebre libro (2001).

empresas, ONG, organismos multilaterales, etcétera) (Blois, 2014a; Rubinich y Beltrán, 2010). En ese marco, fueron ganando presencia una serie de prácticas destinadas a responder a las necesidades de clientelas y públicos no académicos. Aunque no se tratara de un hecho sin precedentes (Blois, 2012, 2017, en prensa; Pereyra *et al.*, 2015), esa expansión implicó una redefinición profunda del escenario de la sociología argentina, con un número creciente de individuos que utilizaban las herramientas propias de la disciplina en distintas instituciones de la sociedad civil y el Estado, al tiempo que reivindicaban unas capacidades y credenciales diferentes a las valoradas en el medio académico<sup>4</sup>. Desde la orientación y confección de las políticas públicas contra la pobreza hasta la participación en las estrategias de comunicación publicitaria de las grandes empresas multinacionales, el abanico de actividades y tareas era ciertamente amplio. A diferencia de otras carreras o perfiles profesionales, los sociólogos mostraron, en este sentido, una notable versatilidad y capacidad para penetrar en diversos campos de intervención. Esos cambios, sin dudas, expresaban las transformaciones más generales de las sociedades contemporáneas, signados por una creciente valoración del saber técnico y una ampliación de los usos de la sociología y otras ciencias sociales (Dubet, 2012; Vommaro y Morresi, 2012).

Frente a esos cambios, la Carrera de Sociología de la UBA, la institución que producía año a año el contingente más numeroso de graduados, mantuvo una relativa distancia<sup>5</sup>. En efecto, desde su reorganización a mediados de los años ochenta, la Carrera se configuró como un espacio poco receptivo a la preocupación por la inserción laboral de sus estudiantes y a las variadas experiencias desarrolladas por sus graduados. Ello, a pesar de que inicialmente, las autoridades que se hicieron cargo de la institución a partir de 1984 se propusieron impulsar un sistema de prácticas preprofesionales (o pasantías) obligatorio para todos los alumnos. La idea era

---

<sup>4</sup> Según los datos cuantitativos disponibles al momento de la investigación, menos de un cuarto de los graduados desarrollaban como actividad exclusiva o principal tareas académicas (Rubinich y Beltrán, 2010). El resto se distribuía en alguna de las múltiples esferas que demandaban los servicios de los sociólogos. Habría que tomar con cuidado, no obstante, estas cifras. Las dificultades para dar con aquellos sociólogos alejados de los espacios académicos pudo sesgar la muestra en favor de quienes mantuvieron una relación más directa con la universidad, dando una sobrerrepresentación de los perfiles más académicos.

<sup>5</sup> Entre 1989, momento en que empiezan a egresar los estudiantes que comenzaron sus estudios en 1984, hasta 2007, momento en que comenzaba mi investigación, había habido más de 3000 graduados.

promover una concepción de la sociología que no se restringiera a la labor académica (Blois, 2012). Según su diagnóstico, plasmado en un plan de estudios aprobado en 1985 pero que no llegó a tener vigencia (Mancuso, 2011), ese tipo de prácticas podría contribuir a la familiarización de los alumnos con las problemáticas sociales del momento y facilitar su posterior inserción en el mercado de trabajo. La interacción con el “afuera” no sólo aseguraría la relevancia e incidencia social de lo desarrollado en la remozada institución, sino que constituiría una fuente de preguntas y preocupaciones indispensables para la formación de los nuevos sociólogos (Blois, 2017)<sup>6</sup>.

Ahora bien, en el clima de entusiasmo suscitado por la vuelta de la democracia y la recuperación de los espacios de militancia política, la realización de prácticas preprofesionales, así como la preocupación por el futuro laboral de los graduados, no concitaron demasiado entusiasmo, en particular entre los estudiantes. Lejos de ello, las miradas que en el pasado habían recusado la defensa de la sociología como una “profesión” (Blois, 2016), encontraron un extendido eco entre un estudiantado mucho más interesado en conectar la institución con la agenda de discusiones políticas e ideológicas del momento que por la salida laboral de su título. Para quienes se ilusionaban con las profundas transformaciones que la nueva etapa podría inaugurar, la cuestión laboral no era más que una distracción o tema menor. El nuevo plan de estudios, aprobado en 1988, no sólo dejó de lado la idea de las prácticas preprofesionales, sino que relegó la preocupación por estimular la intervención de los graduados más allá de los espacios académicos<sup>7</sup>.

En ese contexto, desvalorizada la idea de la sociología como una profesión de consulta capaz de ofrecer sus servicios “técnicos” a una variada clientela, la enseñanza y la investigación universitaria fueron configurándose como los horizontes de actividad profesional más deseables para la mayoría de los estudiantes. El resto de las opciones

---

<sup>6</sup> Para la confección del nuevo plan de estudios (que debía reemplazar a aquel heredado del período de la dictadura), se convocó a una comisión coordinada por Oscar Landi que, además de los representantes del claustro de profesores (Juan Carlos Portantiero, Marta Neponemschi, Analía Kornblit, Mario Dos Santos y Carlos Rodríguez Sánchez), sumaba dos representantes del centro de estudiantes y dos del Colegio de Graduados de Sociología (CGS) (institución de importante gravitación en el período anterior) (Blois, en prensa). Para una reconstrucción pormenorizada del proceso de reorganización de la Carrera en la vuelta de la democracia, Cf. Blois (2009, 2012). Ver también Civallero (2016).

<sup>7</sup> Para un análisis detenido de los debates e iniciativas institucionales en torno a la constitución de la sociología como una “profesión” en la Argentina desde mediados del siglo pasado, puede verse Blois (2017).



aparecía, en el mejor de los casos, como una “segunda opción” o “consuelo”, y en otros, en particular cuando se trataba de insertarse en el sector privado, como una “traición” de los ideales que debían guiar la labor de los sociólogos (Blois, 2009, 2012; Bonaldi, 2009).

Para quienes despreciaban las inserciones extra-académicas, la cuestión de la autonomía –entendida como aquella independencia de criterio que (en principio) puede ser asegurada por la universidad y las instituciones académicas–, era fundamental, pues solo ella podía garantizar el desarrollo de una sociología “crítica”. Si bien el significado y alcance de esa autonomía no siempre eran tematizados, predominaba una visión que, en consonancia con la postura de algunas célebres referencias de la sociología mundial (cuyos textos circulaban en varias materias) (Blois, 2012)<sup>8</sup>, sospechaba de las vinculaciones con las demandas de un cliente o empleador no académico. Había un claro consenso en que la sociología debía ser crítica y en que ese carácter crítico quedaba comprometido cuando el sociólogo ofrecía sus servicios profesionales en el mercado; a tal punto que la inserción fuera de la universidad podía conllevar, tal como destacaba una alumna, una verdadera “prostitución” de la sociólogos (Yellati, 1994), su identificación directa y sin matices con los intereses de quienes financiaban sus labores (que, por lo general, de acuerdo a esa mirada, eran los sectores dominantes de una sociedad).

Así, lejos de considerar la disciplina como un conjunto de saberes susceptibles de ser puestos en juego en diferentes esferas sociales, la idea predominante en la Carrera imponía una clara censura a buena parte de las aplicaciones profesionales de la sociología, aquellas que justamente se iban expandiendo. En ese marco, la transición al mundo del trabajo no se veía facilitada. Tampoco resultaba favorecida la posibilidad de realizar una acción corporativa análoga a aquella desarrollada por otras disciplinas<sup>9</sup> en función de garantizarse ciertas tareas como jurisdicciones propias. Pero lo que

---

<sup>8</sup> Entre ellos: Bourdieu, Wright Mills y Touraine, quienes, aun con sus diferencias, coincidían en despreciar el trabajo realizado para una clientela no académica. Para un examen de su visión sobre lo que la sociología es y debe ser, puede verse Blois (2014a). Para una comparación entre Bourdieu y Mills, Cf. Burawoy (2010).

<sup>9</sup> Como la que desde hacía algunos años venía ocupando a los graduados de Psicología de la UBA, embarcados en una acción que buscaba garantizar su derecho a ejercer la clínica psicoanalítica contra el monopolio legal de los médicos psiquiatras.

interesa destacar aquí es el fortalecimiento de una mirada que trazaba una fuerte oposición entre la sociología académica y la sociología desarrollada para un cliente o empleador: entre una sociología cabalmente “sociológica” y una sociología “en duda” (Blois, 2009; 2012).

Por supuesto, no es que los sociólogos no trabajasen en diversas esferas laborales. De hecho, en una Carrera que se fue organizando sobre la base de las dedicaciones simples (Blois, 2009), una buena parte de su cuerpo docente se ganaba la vida empleado en alguna dependencia estatal o empresa. Pero esas inserciones no eran jerarquizadas como espacios legítimos de actuación. Antes bien, frecuentemente eran ocultadas, produciéndose un divorcio entre la actividad laboral principal y la actividad docente: no era infrecuente que esos profesores omitieran las referencias a sus otros trabajos. Incluso allí donde enseñaban metodología, sin poner en cuestión la desvalorización que pesaba sobre las inserciones extra-académicas, explicaban las técnicas e instrumentos de investigación sin destacar sus potenciales usos no académicos (aquellos con los que justamente se ganaban la vida). Los capitales, o destrezas acumuladas en su ejercicio profesional, estaban desprovistos de valor en la Carrera<sup>10</sup>. En ese marco, no debería extrañar la falta de instancias o espacios donde reflexionar sobre los desafíos y posibilidades del trabajo fuera de la academia, sobre la forma de lidiar con las exigencias de los clientes y empleadores, sobre la mejor manera de responder a sus demandas, sobre los principios cognitivos y morales en que basarse.

En lo sucesivo, tal situación no fue modificada sustancialmente. Con el cambio de década y el despliegue de las iniciativas neoliberales, la reluctancia a introducir cambios en la currícula aparecía para buena parte de los docentes y alumnos como un acto de “resistencia” frente a las políticas emanadas desde los organismos financieros

---

<sup>10</sup> Vommaro ha destacado este punto para los sociólogos especialistas en opinión pública, figuras visibles y reconocidas en el espacio público que no encontraron, sin embargo, las condiciones para desarrollar una labor docente en la Carrera (aun cuando varios de ellos intentaron algún tipo de acercamiento, Cf. Blois, 2009). Así, según su visión, “aun cuando la mayor parte de los expertos tenga una formación como sociólogos, su intento de imponer la práctica de las encuestas como una rama importante de la sociología no tendrá el éxito esperado [...] Las dificultades para imponer como legítima, en el medio universitario público, la técnica de la encuesta tal como era utilizada por los expertos para medir las opiniones y las intenciones de voto, contribuyó a la progresiva ‘migración’ de los encuestadores hacia las universidades privadas” (Vommaro, 2008: 94, 95).

internacionales (Beltrán, 2005)<sup>11</sup>. Para quienes confluían en ese espacio, el planteo de la cuestión laboral podía ser visto como una “instrumentalización” de la formación en función de las necesidades del “mercado”. En esas condiciones se sentaron las bases de un esquema de carrera que no registraría grandes reorientaciones, pese a los cambios que iban transformando el mundo laboral de los sociólogos. En un escenario signado por la permanencia en el tiempo de profesores, materias y plan de estudios, lo constituido en aquellos años reveló una persistente estabilidad (Blois, 2009). Así, a diferencia de otras carreras universitarias, donde es usual que haya una definida preocupación por presentar el abanico de opciones que se abre a partir de la graduación y anticipar de esa forma el ejercicio profesional (visible en los sistemas de pasantías, en las charlas donde se reflexiona sobre el mercado laboral y se discuten las mejores estrategias para insertarse en él, en la actualización permanente de los contenidos de algunas materias, etcétera), la Carrera se mostraba refractaria a pensar el problema de la inserción laboral de sus graduados.

No debería sorprender entonces que para muchos graduados el trabajo en una esfera laboral no académica conllevara un ostensible distanciamiento de aquello que esperaban realizar una vez finalizados los estudios. Si bien es posible suponer que hay siempre una relativa distancia entre formación universitaria y ejercicio profesional, propia de la transición al mundo del trabajo, la magnitud que asumía en este caso resultaba particularmente marcada. Lejos de percibir que en su práctica profesional aplicaban lo que habían aprendido en su paso por la universidad, estos sociólogos experimentaban una marcada “ruptura” entre una instancia y otra. Esa crisis, vivida por lo general como algo personal o “psicológico”, era el fruto de la distancia entre las ideas sobre la sociología incorporadas durante la realización de sus estudios y aquello que efectivamente hacían en su trabajo cotidiano (Blois, 2012; 2013a).

---

<sup>11</sup> Sociología fue una de las pocas carreras de la UBA que no modificó su plan de estudios (que sigue vigente desde 1988) en el contexto de reforma propiciado por la Ley de Educación Superior (Beltrán, 2005).

## La divisoria entre sociología académica y sociología extra-académica en la práctica profesional de los graduados<sup>12</sup>

La forma en que los sociólogos desarrollan sus actividades en las diversas esferas donde se incorporan está fuertemente condicionada por la lógica de esos espacios. Por sus objetivos y dimensiones, esas instituciones presentan importantes diferencias: persiguen orientaciones específicas, tienen un tamaño y alcance dispares, exigen tareas y ritmos de trabajo diferenciados, poseen formas de ingreso y jerarquías particulares. Al demandar distintas tareas y saberes, esas esferas fomentan un conjunto de orientaciones y modos de hacer que les son propios. Podría afirmarse, en ese sentido, que promueven la multiplicación de una serie diferenciada de prácticas: el “trabajo académico”, la “consultoría para ONG”, el “trabajo en el Estado”, la “investigación de mercado”, el “análisis de opinión pública”, etcétera. Ahora bien, ¿cómo se posicionan los graduados de sociología frente a sus demandas? ¿Qué grado de injerencia tienen a la hora de negociar los modos en que se responden los pedidos? ¿Son capaces de imponer una impronta propia que vuelva sus inserciones más atractivas o interesantes para ellos mismos?

Cuando se observan las prácticas laborales de los sociólogos es frecuente constatar que su trabajo está signado por una extendida debilidad frente a las exigencias e intereses de sus clientes o empleadores. Si en algunos casos los sociólogos consiguen posicionarse como agentes con un grado de independencia considerable a la hora de controlar las condiciones en que responden a sus encargos, no es inusual que una buena parte de ellos deba trabajar sin demasiadas posibilidades de negociar los plazos, las orientaciones y el nivel de elaboración definidos por quienes los contratan. Según la esfera de la que se trate los imperativos pueden variar, pero en general el trabajo debe realizarse según condiciones que vienen dadas (aun cuando ello no siempre coincida con los criterios de esos profesionales ni con la forma en que a ellos les gustaría operar). Mientras en el Estado a grandes rasgos tiende a haber poco margen para diseñar investigaciones más “personales” y el trabajo suele asumir un

---

<sup>12</sup> Para una exposición más detallada de lo que aquí sólo puede ser presentado sintéticamente, Cf. Blois (2012; 2013a; 2014a).

carácter “burocrático”, en las empresas y ONG, si bien el margen puede ser mayor y permitir la puesta en marcha de un ejercicio más “creativo”, la necesidad de responder a las demandas del cliente o del financiador suele acotar el alcance de las preguntas y de aquello que se puede decir en base a los resultados de la investigación (Blois, 2012; 2015).

En ese marco, entre los graduados con diversas inserciones, tiende a haber un consenso en torno a la idea de que sólo en la academia es posible desarrollar una sociología con un alto grado de autonomía. Si todos reconocen que la figura del “intelectual libre” no existe y que hay siempre limitaciones de diverso tipo, la esfera académica suele ser pensada como el espacio donde se da la mayor libertad para fijar los temas, las preguntas y objetivos de la investigación. En el resto de las esferas lo que predomina, según la mirada de quienes allí se insertan, es el poco margen que deja la demanda del cliente o empleador. De ese modo, y de acuerdo con sus grados de autonomía, la sociología desarrollada en el medio académico y la sociología extra-académica suelen pensarse como dos polos opuestos (Blois, 2013a)

«Siempre hay un debate en el área respecto de cuál es la especificidad de la investigación en el Estado por oposición o en relación a la investigación académica. Es muy diferente. En principio el público es diferente, se trata de una investigación que podemos decir que no es una investigación básica sino aplicada, cuyo principal objetivo es informar a los tomadores de decisión [...] Es decir, el público en el que tenemos que pensar es ese y esto determina un montón de cosas, no tanto en la metodología, pero sí en los formatos finales con los que se presentan los informes. Y también los problemas, hay un recorte de problemas muy vinculados a la gestión pública [...] Los marcos teóricos posibles para relevar información del estado son muy limitados... Desde ese punto de vista, resulta mucho más productivo y creativo el proceso de investigación académico porque tenés más margen de acción...»  
(Sociólogo, graduado en 2001, sector estatal, antes ONG).

«Yo tuve cuatro investigadores, uno era el más responsable, los otros tres ya sabían la dinámica de laburar adentro de la ONG. Entonces los otros tres hacían un laburo de mierda, pero aceptable para trabajar en una ONG. Uno que lo había llevado yo, era el más crítico, para mí, el mejor laburo sociológico... Le reescribieron el artículo porque el análisis que hacía era muy crítico. Y no había lugar para un análisis crítico. Entonces, con la cantidad de guita que venía, lo que había que hacer era un "como si". Y yo me quedé re enojada, con una sensación de que no me hagan investigar si vamos a tener que mentir en los resultados. Para eso no investigo. Vamos a mentir desde el principio, no vamos a estar tres meses para escribir esto.» (Socióloga, graduada en 2001, consultoría free lance para el Estado, ONG y empresas, antes empleada del área de investigación de mercado en empresa multinacional).

«Esta es la parte... pragmática, de la *real politik*, de la "*real investigacionsik*". Hay dos maneras de enfrentar un problema, dos metodologías posibles, ¿no? A mí me puede parecer por el objetivo de la investigación, por las características del producto, por una serie de razones que es mejor un diseño que el otro. Y puedo estar bastante convencido. Ahora, a lo mejor mi cliente con otros argumentos que a mí incluso me pueden parecer que no son los mejores, cree que hay que hacerlo de otra manera. Y la verdad que yo le quiero vender el estudio así que vamos por ahí. ¡Si es para vos! Yo te ayudo mientras vos me dejes que te ayude. Si a vos te parece otra cosa... Entonces, otra vez, en la vida académica eso no pasa. Vos te sentarás con tu director y le decís "che, mirá, tengo diez entrevistas, la verdad que no sé si ordenarlas de una manera, la otra". Y si vos estás convencido con algo la discutís hasta el final. Si tenés... qué sé yo... cierto respeto intelectual por tu director te dejarás convencer. Acá yo tengo que vender un estudio y entonces lo que decís muchas veces tiene que ver con lo que vos te imaginás que es una línea de trabajo que te puede ayudar en la relación con el cliente... qué sé yo... La investigación de mercado está cruzada por muchas

otras cosas.» (Sociólogo, graduado en 1989, dueño de consultora de análisis de mercado, antes empleado en consultora de opinión pública y sector académico).

Por supuesto, la oposición entre una sociología más autónoma, la académica, y otra más heterónoma, la extra-académica, echa raíces en la realidad diferenciada de cada escenario laboral pues, como es obvio, no es lo mismo tener un cliente o empleador con demandas específicas que no tenerlos. Ahora bien, según me propuse mostrar en mi investigación, la forma en que los graduados leían sus escenarios de trabajo y, en consecuencia, los comportamientos que asumían en unos y otros eran inseparables de las ideas sobre la sociología –sobre el trabajo fuera de la academia y sobre la autonomía–, que la Carrera les había transmitido. Así, si es cierto que cada esfera presentaba condicionamientos diferentes, dudar del estatus sociológico de lo que se hacía (o de las posibilidades de reivindicar un margen de autonomía mayor), eran contribuciones de los propios sujetos para la reproducción de un trabajo más heterónimo. Los condicionantes objetivos existían, pero eran reforzados porque los sociólogos, imbuidos del conjunto de ideas incorporadas durante la socialización universitaria, tendían a pensar su ejercicio profesional de una forma que recortaba su margen de acción. Si, en línea con las ideas predominantes en la Carrera, se asumía que sólo el trabajo desarrollado en la academia tenía un carácter “cabalmente” sociológico, era comprensible que la aplicación de la disciplina como un saber que, como cualquier *expertise*, requería ciertas condiciones para su puesta en marcha (tiempos mínimos, controles epistemológicos, redefinición de la problemática en sus propios términos, etcétera), se debilitase. ¿Cómo plantearse la posibilidad de hacer sociología “en serio” más allá del escenario académico si durante la socialización universitaria esa posibilidad es tácita o explícitamente cuestionada? ¿Cómo exigir, en esas condiciones, el reconocimiento de tiempos o plazos mínimos que posibiliten ciertos estándares mínimos de calidad frente a una demanda siempre urgente? ¿Para qué proponer indagaciones de mayor alcance, susceptibles de poner en juego ideas o conceptos más complejos, si lo que se hace carece de interés “sociológico”? ¿Cómo

propiciar un mutuo soporte entre la investigación desarrollada en la academia y fuera de ella si se asume que hay entre ellas diferencias irreconciliables?

En efecto, como apunta Heilbron, la potestad o posición que las profesiones alcanzan en la sociedad descansa, en buena medida, en la creencia de sus miembros en su condición de agentes con un saber particular. Es en base a esa creencia que se legitima la reivindicación de una autonomía y un estatus privilegiado frente a otras ocupaciones o profesiones (Heilbron, 1984). Sin esa creencia, la adaptación (con menos resistencias) a los pedidos del cliente o empleador (y la consiguiente dilución de la “profesión” como tal) es más probable.

Por lo demás, la oposición entre una sociología legítima (la académica) y otras cuyo estatus es problemático, al tiempo que debilitaba la posición de los sociólogos a la hora de negociar las condiciones en las que desempeñaban su trabajo, acababa reforzando las diferencias entre las prácticas llevadas a cabo en las distintas instituciones. Esas diferencias, por supuesto, eran inducidas por las condiciones objetivas de los diversos escenarios de trabajo pero también por los propios practicantes que, lejos de pensar los diversos ejercicios profesionales como parte de una misma empresa –la sociología como “profesión unitaria” capaz de nutrirse de la experiencia desarrollada en diversos ámbitos–, trazaban, en consonancia con las ideas transmitidas por la Carrera, una frontera simbólica entre las labores desarrolladas en el medio académico y en las otras instituciones. En esas condiciones, la comunidad disciplinaria veía debilitada su capacidad para imponer ciertos modos de trabajo al conjunto de sus miembros en diversos espacios de intervención.

Ello era así aun cuando entre las esferas no existían divisiones institucionales con criterios de ingreso muy marcados, sino que, por el contrario, había una alta circulación. En efecto, si algo enseñaba el estudio de las trayectorias laborales de los sociólogos era que el paso de una esfera a otra era una práctica habitual. Las líneas que separaban esos mundos eran continuamente trasvasadas por los individuos. Antes que excepciones o anomalías, los cruces eran moneda corriente: de una dependencia estatal a la consultoría de mercado, de ésta a una ONG, de allí a la academia, y así sucesivamente. Si existían perfiles “puros” y carreras desarrolladas en una sola esfera, no dejaba de haber perfiles “híbridos” que pasaban de un ámbito a otro a lo largo del



tiempo o que mantenían múltiples afiliaciones y pertenencias en un mismo momento (Blois, 2014a)<sup>13</sup>. Sin embargo, al pasar de una esfera a otra, los individuos tendían a acomodarse a las modalidades e imperativos locales, reforzando las diferencias entre la sociología desarrollada en los distintos escenarios (Blois, 2012, 2013a).

### **La mirada comparada: repensando la divisoria entre sociología académica y extra-académica y los sentidos de la autonomía**

Abordar el propio mundo de pertenencia no es una tarea sencilla. El trabajo de investigación exige en este caso un particular esfuerzo en pos de objetivar la mirada y explicitar la relación con el objeto de estudio. Desde el comienzo es preciso asumir que el “distanciamiento” propio de cualquier estudio sistemático o científico es un trabajoso punto de llegada y no el punto de partida (Elias, 1990). Si el conocimiento “nativo” del mundo que se aborda, ofrece algunas ventajas, como cierta facilidad para decodificar algunas dinámicas o códigos “locales”, puede también operar como un verdadero obstáculo a la hora de generar nuevos puntos de vista o de captar las lógicas más profundas de ese mundo (Bonaldi, 2009).

En mi caso, el trabajo, análisis de un objeto de investigación, pero al mismo tiempo y de un modo particularmente ostensible, autoanálisis del sujeto de esa investigación, supuso replantear una y otra vez mis propias categorías de pensamiento (o principios de visión de la sociología) que, formado en la misma institución que mis entrevistados, orientaban mis percepciones sobre las prácticas de los graduados. Sólo esa problematización podría ponerme en condiciones de “dirigir al mundo familiar la mirada distante que el etnólogo arroja espontáneamente sobre un mundo al que no

---

<sup>13</sup> Según el Laboratorio de Análisis Ocupacional (LAO) de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, uno de cada tres graduados (recibidos en los años 1987, 1988, 1989 y 1990) tenía alguna “ocupación secundaria vinculada con la profesión”. Al momento de la investigación, más allá de estos datos, no contaba con datos agregados que dieran cuenta de la incidencia de los cruces más habituales pues la información estadística disponible informaba sobre la “ocupación principal” declarada y no proveía datos sobre las actividades “secundarias” pasadas o presentes. Sin embargo, cabe destacar que entre los más de cincuenta sociólogos entrevistados la mayoría había tenido (o tenía) inserciones en distintas esferas. De hecho, no faltaron casos en los que las múltiples ocupaciones del momento hacían difícil decidir una ocupación o afiliación principal.

está ligado por la complicidad inherente a la pertenencia a un juego social” (Bourdieu, 2008: 291).

En ese marco, la mirada comparada tuvo un papel fundamental. Por supuesto, esa mirada es una práctica recomendable para cualquier investigación<sup>14</sup>. Sin embargo, constituyó para mí un medio insustituible a fin de construir la anhelada distancia analítica. El riesgo, que algunos colegas se encargaron de señalarme era caer, dada la “excesiva proximidad”, en una reproducción de la visión transmitida por la institución que estudiaba y la de sus graduados (sobre lo que la disciplina era y debía ser, sobre lo que un sociólogo hacía, sobre los lugares o escenarios más o menos propicios para su labor). “Si querés conocer la UBA, vas a tener que salir de la UBA” fue una de las recomendaciones más concretas. Tal desplazamiento era un imperativo si quería desnaturalizar y mirar “con otros ojos” mi propio mundo. Cabe señalar aquí que de modo espontáneo yo compartía con mis entrevistados la idea que planteaba una virtual oposición entre la sociología desarrollada en la academia y aquella desarrollada en otras instituciones, así como una mirada que hacía del trabajo para un cliente o empleador una sociología menos interesante y compleja, y en el límite, una sociología “en duda”.

Con eso en mente, una primera idea fue realizar un estudio comparado con una carrera de sociología de otra universidad. Sin embargo, tal iniciativa tuvo que ser rápidamente desestimada. No había en Argentina una carrera con un peso y trayectoria comparable al de la UBA. Buena parte de las carreras que existían en ese momento habían sido fundadas en años recientes (en algunos casos aún no contaban con graduados) y la que presentaba una trayectoria mayor, como la de la Universidad del Salvador, no tuvo a partir del período que estudiaba una matrícula considerable. Justamente a partir de 1984 los ingresantes a esa carrera habían decaído fuertemente,

---

<sup>14</sup> Como indica Myers refiriéndose a la labor de los historiadores pero que puede ser extendido para los sociólogos y otros científicos sociales, “no existe prácticamente ningún fenómeno pasible de ser abordado –pertenzca éste al registro de lo social, lo cultural, lo económico o lo político– que no adquiera precisión conceptual al ser puesto en relación con fenómenos semejantes en otros países o regiones. El historiador especializado en la historia cultural de una única nación siempre deberá tener presentes, si desea alcanzar una comprensión adecuada de su objeto de estudio, otras experiencias regionales y temporales, otros modelos, otras situaciones [De otro modo] no podrá captarlo en su propia especificidad, identificando aquello que le era realmente propio y separándolo de aquello que compartía con innumerables otras experiencias nacionales y regionales” (Myers, 2003: 175).

dirigiéndose en su mayoría a la universidad pública. La de la Universidad Católica Argentina, fundada en 1960, por su parte, no había tenido nuevos inscriptos para comienzos de los años ochenta (de allí en más la enseñanza se había concentrado en el nivel de posgrado) (Amadassi y Fidanza, 2011; Pereyra, 2012).

Fue preciso entonces encontrar otras realidades con las cuales proceder a esa comparación. Se trataría de una comparación implícita y no sistemática<sup>15</sup> pero que, al permitirme acceder a otros espacios que me mostraran la arbitrariedad de mi propio mundo de referencia, debería contribuir, tanto como aquella, a la ruptura con las formas de pensamiento que me resultaban excesivamente próximas. Debía seguir, según me había propuesto otro colega, el trayecto intelectual propio de la antropología: el estudio de otras culturas como medio para dudar y conocer la propia<sup>16</sup>. Así, en función de repensar la formación ofrecida por la Carrera y las posiciones y tomas de posición de sus graduados, fue preciso apelar a tres “desplazamientos”: profesional, histórico y nacional.

### **Un desplazamiento profesional. La sociología de las profesiones**

La sociología no se configuró en Argentina como una profesión según el modelo de las profesiones “clásicas”, aquéllas que, como la medicina o la abogacía concitaron la mayor atención de los sociólogos de las profesiones. Si pensamos en su evolución desde mediados de los años ochenta, no parece demandar demasiado esfuerzo comprobar que aquello que las teorías definen como un proceso de “profesionalización” está lejos de haber tenido lugar (Blois, 2014a). Aun cuando no existe un modelo único y universal para definir las profesiones (Dubar y Tripier, 1999), desde la vuelta a la democracia antes que un proceso de profesionalización lo que se

---

<sup>15</sup> Sobre la distinción entre comparación implícita y explícita, ver Sartori (1991).

<sup>16</sup> Por supuesto, semejante distancia está dada desde el principio cuando el sociólogo decide estudiar mundos que, por su propia experiencia y trayectorias, le resultan relativamente ajenos. En esas condiciones, como ocurre con la historia y la antropología, existe un extrañamiento que lleva de modo más o menos espontáneo a la comparación. Para el historiador, es el presente el que ofrece siempre un punto de vista con el cual cotejar el pasado; para el antropólogo, es su propia cultura la que le da ese contrapunto. De lo que se trata en estos casos es de lograr un acercamiento para comprender “lo otredad”; en el mío, por el contrario, el desafío era lograr un “alejamiento” de lo “conocido o propio” como paso previo e indispensable para un acercamiento más sistemático.

produjo fue la difusión de un conjunto variado de espacios laborales donde los sociólogos se emplearon sin que se hayan definido, sin embargo, un conjunto de tareas reclamadas como propias de manera exclusiva, rasgo que define a las profesiones (Abbott, 1988). Más bien, lo que definía su labor, como se indicó más arriba, es una gran diversidad y versatilidad.

En ese marco, varios de los clásicos “hitos” que señalan la constitución de una profesión como tal (la formación de consejos profesionales encargados de otorgar las autorizaciones para su ejercicio, el reconocimiento estatal de ciertas incumbencias, etcétera), no se daban en el caso de la sociología argentina o, si se daban, tenían una existencia mayormente formal. Desde mediados de los años ochenta existía una ley destinada a regular el ejercicio profesional de los sociólogos (ley que obliga a todas las instituciones que necesiten realizar tareas “sociológicas” a contratar sociólogos) y una institución, el Consejo de Profesionales de Sociología (CPS), encargado de velar por su aplicación y de controlar la matrícula. Esas instituciones, construidas según el modelo de las profesiones “clásicas”, carecían, sin embargo, de capacidad concreta de incidir sobre la dinámica del mercado de trabajo de los sociólogos. Una buena parte de los graduados, de hecho, desconocía su existencia (Blois, 2012)<sup>17</sup>.

Sin embargo, pese a ello, la sociología de las profesiones fue una referencia muy útil a la hora de analizar la relación de los sociólogos con su mercado de trabajo. Dos elementos fueron centrales. Por un lado, fue interesante constatar la relación fluida que en otras profesiones se planteaba entre las prácticas profesionales y los espacios de formación, con unas carreras o escuelas siempre dispuestas a incorporar las experiencias concretas de sus graduados, siendo impensable una situación, tan frecuente en la Carrera de la UBA, en la que un destacado profesional dedicara sus clases a una materia no conectada con su experiencia laboral. En esos casos, el ejercicio aplicado de la disciplina, lejos de ser una desviación o introducir sesgos

---

<sup>17</sup> Cabe destacar que la no consolidación de la sociología según los cánones de las profesiones clásicas no constituye una peculiaridad de la sociología argentina. Pese a que en diferentes países no faltaron los intentos por “profesionalizar” la sociología según el modelo de la medicina o la abogacía, la sociología no alcanzó en ningún caso el monopolio sobre una jurisdicción definida como propia (Blois, 2015). No parece entonces adecuado, como sucede con algunos estudios inspirados en la sociología de las profesiones (De Venanzi, 2003), atribuir esa distancia al carácter “inconcluso” de ese proceso, como si fuera una cuestión de tiempo la aproximación de la realidad al modelo.

indeseables, constituye una muestra de la capacidad y relevancia de ese cuerpo de conocimientos. Fue llamativo ver cómo, en algunos casos, las inserciones más reconocidas dentro de esas comunidades profesionales no eran las académicas (aun cuando ellas pudieran granjear un cierto reconocimiento a sus detentores).

Por otro lado, la idea de autonomía, entendida en estos estudios como la capacidad de imponer una forma particular de dar respuesta a los pedidos de clientes o empleadores en base a un conocimiento y orientación moral propios, me ayudó a problematizar y tomar distancia de la noción de autonomía transmitida por la Carrera y reproducida en buena medida por los graduados. Como vimos, según esa noción, la autonomía es una dimensión indispensable de la labor sociológica, pero predomina una visión que la asocia (y reduce) a la práctica académica, deslegitimando por ello la vinculación con las demandas de un cliente o empleador no académico. Pude ver, de ese modo, que lo que los sociólogos de las profesiones (los funcionalistas tanto como sus críticos) le han reconocido a las profesiones, la posibilidad de mantener frente a las demandas de sus clientelas una cierta independencia de criterio para definir la forma en que satisfacen esas demandas y se encara el trabajo, le es vedado en buena medida a los sociólogos de acuerdo a las ideas predominantes en la Carrera. Así, la posición de un médico, un abogado o un ingeniero que relativiza las opiniones de su paciente o cliente profano a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias, resulta en esas condiciones, más difícil de pensar para el caso de los sociólogos<sup>18</sup>.

La comparación con otras profesiones no sólo me llamó entonces la atención sobre la arbitrariedad de una visión que jerarquizaba el trabajo académico en desmedro del ejercicio aplicado de la sociología, limitando el diálogo e intercambio entre ambos quehaceres, sino también sobre los diversos sentidos que la noción de autonomía puede revestir (sentidos que, como veremos a continuación, habían estado

---

<sup>18</sup> Como apunta Freidson (2001), la lógica profesional se construye contra la lógica del mercado -en la que el cliente define la forma en que se satisface su pedido (o en términos coloquiales donde "el cliente siempre tiene la razón")- y la lógica burocrática -donde es el personal superior quien define los procedimientos y pasos a seguir (o donde "si lo dice el jefe hay que hacerlo")-. Por supuesto ello no quiere decir que esas profesiones no estén atravesadas por procesos que cuestionan o limitan esa autonomía. Lidar con clientes o empleadores, cuyas orientaciones e intereses pueden estar en tensión con la forma como los miembros de una profesión consideran necesario actuar, es una realidad cotidiana para todas las profesiones (Freidson, 2001; Hughes, 1952).

presentes en algunas de las visiones de la disciplina en etapas previas de su desarrollo en Argentina).

### **Un desplazamiento temporal. La historia de la sociología en la Argentina**

Las investigaciones sobre la historia de la sociología en la Argentina habían tenido un fuerte crecimiento para el momento en que iniciaba mi propia indagación (Turkenich, 2012). La consulta de ese material, así como la búsqueda de fuentes de primera mano, me ofrecieron un conjunto de referencias con las cuales comparar el desarrollo reciente de la disciplina. La mirada a otro tiempo, en este caso como en cualquier otro, me permitió desnaturalizar ciertas formas de ver el mundo (o la sociología) que en el presente se asumían como obvias. Así, además de datos e información valiosa, la incursión en la historia de la disciplina me ofreció medios adicionales para problematizar ciertas definiciones del trabajo sociológico que los graduados entrevistados vivían como evidentes y que, para otros tiempos, resultarían ciertamente curiosas o extrañas (cuando no censurables).

Pude constatar, por ejemplo, que en el pasado había habido destacados sociólogos promoviendo el desarrollo de la llamada “sociología aplicada” (Blois, 2008, 2016). De hecho, la misma creación de la Carrera, a mediados de los años cincuenta, había estado motorizada por la creencia en la receptividad que el Estado y la sociedad en su conjunto podrían tener para la “nueva ciencia” y los futuros graduados. Los problemas educativos, sanitarios, laborales y asistenciales que las diversas agencias públicas debían abordar, tanto como la gestión de los recursos humanos y los estudios de mercado y consumo en el sector privado, aparecían entonces como potenciales áreas de intervención para los nuevos profesionales (Germani y Graciarena, 1958). Inspirados en esa visión, el director de la flamante institución, Gino Germani, y sus colaboradores buscaron promover un perfil de graduado que, además de desenvolverse con soltura en la esfera académica, fuera capaz de desarrollar sus actividades más allá del sistema universitario y científico. En ese sentido, entre otras iniciativas, el plan de estudios de la novel carrera contemplaba la oferta de un

“Certificado de especialista en Sociología aplicada”, destinado a aquellos graduados interesados en insertarse como “expertos en problemas sociales” (Blois, 2012; 2017)<sup>19</sup>.

Es que, para las autoridades de la Carrera, entre la sociología desarrollada en los medios académicos y aquella desarrollada más allá de sus fronteras debían primar relaciones de fluida comunicación y mutuo reforzamiento. Aun cuando fuera inevitable una cierta “división del trabajo” entre los sociólogos con diferentes actividades, tal división no afectaba (ni debía afectar) la “unidad de la sociología”. Pese a sus distintas orientaciones y espacios de inserción, las diferentes prácticas debían compartir, según Germani y sus seguidores, los mismos fundamentos epistemológicos y metodológicos. Antes que “oficios” escindidos, lo que debía haber era la “conexión más estrecha posible” (Germani, 1962).

En efecto, no obstante su diversificación, la sociología era, según el espíritu que guió la fundación de la Carrera, siempre una y la misma. Trabajara en una universidad, en un centro privado de investigación, en una agencia estatal o en una empresa privada, un sociólogo desarrollaba una práctica orientada por idénticos fundamentos. Dar soluciones a un público o cliente determinado no constituía una desviación u obstáculo para el ejercicio de la disciplina. Lejos de ello, mientras los sociólogos orientasen sus acciones de acuerdo con los principios del grupo (imponiendo una cierta independencia de criterio en la forma de dar respuesta a las demandas y no se identificasen, por ello, con los modos de pensamiento o intereses inmediatos de sus clientes), su labor constituía un valioso insumo para la disciplina en su conjunto (Blois, 2012, 2016)<sup>20</sup>.

Más cercana en el tiempo, la reorganización de la Carrera iniciada con la vuelta de la democracia también buscó, como vimos más arriba, jerarquizar el trabajo que los sociólogos realizaban más allá de los muros universitarios y estimular la inserción de

---

<sup>19</sup> La primera orientación disponible era “Psicología social” (oferta que aprovecha las materias de la también flamante Carrera de Psicología) pero se dejaba abierta la posibilidad de establecer nuevas especialidades.

<sup>20</sup> Como afirmaba el sociólogo italiano, la sociología aplicada: “no se halla en contraste con la posibilidad de aprovechar sus resultados o su metodología, desde el punto de vista teórico. Al contrario, este tipo de investigación puede ofrecer oportunidades para realizar observaciones e incluso experimentos en condiciones particularmente favorables [...] lo importante es mantener una estrecha conexión con la teoría sociológica que habrá de proporcionar todo el encuadre de sus investigaciones” (Germani, 1962: 65). En un mismo sentido se posicionaron otras destacadas figuras: al respecto, pueden verse Di Tella (1967, 1980), de Ímaz *et al.* (1966) y Mora y Araujo (1971). Cf. también Blois (2016).

los futuros graduados en diversas instituciones de la sociedad civil y el Estado (como las iniciativas de las prácticas preprofesionales mostraba). En efecto, conscientes de la situación de virtual aislamiento que había caracterizado a la institución durante la dictadura militar (Blois, en prensa; Raus, 2007), las nuevas autoridades se propusieron conectar a los estudiantes con los problemas y necesidades de la sociedad en sus más diversos ámbitos. En función de ello, buscaron promover una concepción de la sociología que no se limitara a las labores académicas, instando, en función de ello, al establecimiento de convenios formales con dependencias estatales e instituciones de la sociedad civil. Ello era inseparable de una visión sobre el Estado y la sociedad civil que, si bien buscaba distinguirse de aquella que había informado la creación de la Carrera en los años cincuenta, tenía una fuerte afinidad con ella. En ambas, el sociólogo debía estar formado para satisfacer las demandas de un conjunto variado de instituciones (Blois, 2012).

Más allá de que, tanto en los años sesenta como en los ochenta, diversos factores dificultaron el afianzamiento de esas iniciativas (Blois, 2017; en prensa), esas experiencias mostraban un fuerte contraste con la situación que estudiaba y por ello permitían desnaturalizar una realidad dominada por una Carrera que permanecía de espaldas a las experiencias de buena parte de sus graduados, y una visión, presente en esa institución y en el testimonio de aquellos graduados, que planteaban un fuerte clivaje entre el ejercicio académico y extra-académico de la disciplina.

### **Un desplazamiento espacial. Los otros casos nacionales**

Las investigaciones en torno a los perfiles profesionales de los sociólogos desarrolladas en otros países fueron una referencia constante. Su examen me permitió constatar que muchas de las tensiones que los graduados de la UBA experimentaban cuando se empleaban por fuera de la universidad no eran una especificidad del caso argentino. Antes bien, se trataba de tensiones universales pero que, de acuerdo con las tradiciones y contextos locales, se expresaban de manera particular en cada ámbito nacional. Si bien, en términos generales, tendía a predominar una idea que hacía de la sociología académica la práctica más jerarquizada, existían en los distintos países



formas muy diversas de plantear las relaciones entre las distintas prácticas de los sociólogos: de colaboración, conflicto abierto, mutua ignorancia (Braga, 2009; Gómez y Sandoval, 2004; Machuca, 2008; Legrand y Vrancken, 2004; Masson, 2008; Perlstadt, 2006; Piriou, 2006; Turner y Turner, 1990).

En ese marco un insumo particularmente relevante fue la discusión promovida por Michael Burawoy en torno a la “sociología pública”. Como es sabido, siendo presidente de la *American Sociological Association*, el sociólogo norteamericano pronunció un discurso, de gran repercusión en el ámbito internacional, en el que llamaba a los sociólogos a comprometerse de manera decidida con aquello que sucedía más allá de los muros universitarios. Se trataba, en su visión, de promover una sociología construida a partir del diálogo normativo con diversos actores y movimientos sociales: la “sociología pública”. Ese enfoque, según Burawoy, debía ser fortalecido frente a las otras formas de practicar la disciplina: la “sociología práctica”, aquella que opera al servicio de un fin definido por un cliente o empleador, pero también de la sociología “profesional” y la sociología “crítica”, dos emprendimientos desarrollados en el medio académico, una preocupada por elaborar teorías y metodologías, la otra por analizar sus fundamentos epistemológicos y normativos (Blois, 2014b).

Más allá de la polémica y de sus variadas repercusiones (Perlatto y Maia, 2012), lo que me interesó particularmente fue el carácter “ecuménico” del planteo de Burawoy, aspecto por lo general dejado en segundo plano dado su énfasis en la promoción de la sociología pública. Según ese planteo, entre las diversas sociologías no había –ni debía haber– un juego de suma cero. Antes bien, debía primar la mayor interdependencia posible pues cada tipo de sociología obtenía su “energía, significado e imaginación gracias a su interrelación” con sus contrapartes (Burawoy, 2005: 211). Aun cuando tal “sinergia” no siempre es fácil pues, según reconocía el autor, esas sociologías “están compuestas por prácticas cognitivas profundamente diferentes”, su diálogo era vital para evitar las tendencias “patológicas” que anidan en la configuración institucional de cada una de ellas. Mientras la “sociología profesional”, elaborada en el marco de una discusión de pares, podía degenerar fácilmente en una discusión excesivamente “encerrada”, perdiendo cualquier relevancia en términos de

impacto social, la sociología práctica, ejercida sin conexión con el desarrollo disciplinario promovido desde las universidades podía ser “fácilmente atrapable por los clientes que imponen las estrictas obligaciones contractuales en su financiación”, cayendo de ese modo en un “servilismo” más o menos evidente (Burawoy, 2005: 213). Semejante postura, que el autor ilustraba con diferentes casos nacionales, fue sin dudas un insumo de gran valor a la hora de deconstruir mis ideas, forjadas a través de mi participación en las instituciones sociológicas locales, sobre lo que era y debía ser la sociología. Para una investigación centrada en las distintas prácticas de los sociólogos, la propuesta de Burawoy en torno al diálogo entre las diversas sociologías resultaba ciertamente relevante.

### **Reflexiones finales**

Mi investigación no fue una investigación de sociología de las profesiones: no se ocupó de reconstruir el proceso de constitución de las instituciones colectivas de la “profesión de sociólogo” ni abordó, por ejemplo, sus disputas con sus pares de otras disciplinas por fijar un conjunto de incumbencias exclusivas. Tampoco fue una investigación inscrita en la historia de la sociología: la mirada al pasado no fue un fin en sí mismo sino un rodeo necesario para entender la relación actual de los graduados con su mercado de trabajo. Tampoco fue una investigación sobre las prácticas profesionales de los sociólogos en diferentes países: el estudio de los otros casos fue ante todo un medio para desprovincializar (y poner en cuestión) mi mirada. Las referencias a otras profesiones, a la historia de la disciplina y a los otros casos nacionales sirvieron como medios susceptibles de generar ideas o claves que me permitieran abordar mi particular objeto de estudio. Los tres desplazamientos –el profesional, el histórico y el nacional– fueron iniciativas indispensables para construir y alcanzar un distanciamiento que me permitiera “salir de la UBA” para poder, una vez de “vuelta”, ver lo que de tan obvio resultaba invisible.

### **Bibliografía**

Abbott, Andrew (1988) *The System of Professions*, Chicago, The University of Chicago Press.

Amadassi, Enrique y Fianza, Juan (2011) “La UCA y la Sociología en la UCA, desde sus inicios hasta nuestros días”, ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología, UBA, Buenos Aires.

Beltrán, Gastón (2005) “Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político. Las carreras de Sociología y Economía de la Universidad de Buenos Aires durante los años noventa”, en Gentile, Pablo y Levy, Bettina (comps.): *Espacio público y privatización del conocimiento*, Buenos Aires, CLACSO.

----- (2010) “Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX” en Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón (eds.) *¿Qué hacen los sociólogos?* Buenos Aires, Aurelia.

Biassoti, María (2015) “ONGs en la Argentina: inserción profesional de los Sociólogos/as desde 2001 hasta la actualidad”, ponencia presentada en las XI Jornadas de Sociología de la UBA.

Blois, Pedro (2008) “Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente” en *Argumentos. Revista de crítica social*, nº10.

----- (2009) “Sociología y democracia. La reorganización de la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)” en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, nº26.

----- (2012) “Obligados a elegir entre el sacerdocio y la prostitución. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA” Tesis de Doctorado, UBA.

----- (2013) “Entre la autonomía y la heteronomía. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos en la Argentina”, *Revista de Mexicana de Ciencias políticas y Sociales*, año LVIII, nº218.

----- (2014a) “El mercado de trabajo de los sociólogos en Argentina desde la vuelta de la democracia. El caso de los graduados de la Universidad de Buenos Aires”, *Trabajo y Sociedad*, nº22.

----- (2014b) “¿Para qué sirven los sociólogos? Las disputas por la definición de la sociología legítima en textos canónicos”, *Espacio Abierto*, Vol.21, nº1.

----- (2015) “La institucionalización y profesionalización de la sociología en Brasil y Argentina. Formación, organización e intervención de los sociólogos”, *Estudios Sociológicos*, Vol.33, nº99.

----- (2016) “Profesión, compromiso y militancia. Las disputas por la definición de la sociología en la Argentina”, *Horizontes Sociológicos*, Año 4, nº8.

----- (2017) “La sociología como profesión en la Argentina desde mediados del siglo XX”, *Cadernos de Pesquisa*, Vol.47, nº165.

----- (en prensa) *Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política*, Eudeba.

Bogani, Estebán, Saguier, Malena y Van Raap, Vanina (2013) “Los mandatos, desobediencias, contradicciones y aportes de una sociología comprometida con el quehacer cotidiano de las políticas públicas”, ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología de la UBA.

Bonaldi, Pablo (2009) *Aprendiendo sociología*, Buenos Aires, La gomera.

Bourdieu, Pierre (1997) *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Akal

\_\_\_\_\_ (2008) *Homo Academicus*, Buenos Aires, SigloXXI.

Braga, Eugenio (2009) “Cientistas sociais extra-universitarios: identidade profissional no mercado da pesquisa”, *Estudos de Sociologia*, vol. 14. nº26.

Burawoy, Michael (2005) “For Public Sociology”, *American Sociological Review*, Vol.70.

\_\_\_\_\_ (2010): *O marxismo encontra Bourdieu*, Campinas, Unicamp.

Civallero, Cecilia (2016) “Refundación e institucionalización: la carrera de Sociología de la UBA en los ochenta y noventa”, ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología de la UNLP.

de Ímaz, José Luis *et al.* (1966) *Del sociólogo y su compromiso*, Buenos Aires, Libera.

De Venanzi, Augusto (2003) *La sociología de las profesiones y la sociología como profesión*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.

- Diez, Agustina (2017) "La sociología como profesión: desencuentros entre la formación académica y la inserción laboral", *Cadernos de Pesquisa*, Vol.47, nº165.
- Di Tella, Torcuato (1967) "La sociología y la praxis social", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol.3, nº1.
- Di Tella, Torcuato (1980) "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años", *Desarrollo Económico*, Vol.29, nº79.
- Dogan, Mattei (2009) "Strategies in Comparative Sociology", en Sasaki, Masamichi (ed): *New Frontiers in Comparative Sociology*, Leiden, Brill.
- Dubar, Claude y Tripier, Pierre (1999): *Sociologie des professions*, París, Armand Colin.
- Dubet, François (2012) *Para qué sirve realmente un sociólogo?*, Buenos Aires, SigloXXI.
- Elias, Norbert (1990) *Compromiso y distanciamiento*, Madrid, Península.
- Freidson, Eliot (2001) *Professionalism. The Third Logic*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Germani, Gino (1962) *La sociología científica*. Apuntes para su fundamentación, México, Universidad Nacional de México
- Germani, Gino y Graciarena, Jorge (1958) Estudio preparado para el Seminario Latinoamericano sobre "Metodología de la Enseñanza y la Investigación, organizado por UNESCO, FLACSO y Centro Latino-americano de Investigaciones en Ciencias Sociales", Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- Gómez, Justino y Sandoval, Mario (2004) *Más allá del oficio de sociólogo*, Chile, UCSH.
- Heilbron, Johan. (1986): "La professionnalisation comme concept sociologique et comme stratégie des sociologues", en *Historiens et Sociologues aujourd'hui. Journées d'études annuelles de la Société française de sociologie*, París, CNRS.
- Hughes, Everett (1952) "Psychology: Science and/or Profession", *The American Psychologist*, Vol.7, nº8.
- Laboratorio de Análisis Ocupacional, Facultad de Ciencias Sociales (2001) Informe, 2001. Censos de estudiantes. Universidad de Buenos Aires. Disponible en: [www.producción.soc.uba.ar](http://www.producción.soc.uba.ar).

Laboratorio de Análisis Ocupacional (s.f.) "Estudio N°2: Los graduados de Sociología (1987-1990)", Facultad de Ciencias Sociales. Disponible en: [www.producción.soc.uba.ar](http://www.producción.soc.uba.ar).

Legrand, Monique y Vrancken, Didier (2004) *L'expertise du sociologue*, París, L'Harmattan.

Machuca, Adriana (2008) *La identidad profesional de los sociólogos*, tesis de maestría, Flacso, México.

Mancuso, María (2011) La carrera de sociología de la UBA, su curricula a través de los años. 1958-2011, ponencia presentada a las IX Jornadas de Sociología de la UBA.

Masson, Philippe (2008) *Faire de la sociologie. Les grandes enquêtes françaises depuis 1945*, La Découverte, Paris.

Mora y Araujo, Manuel (1971) "La sociedad y la praxis sociológica", *Desarrollo Económico*, Vol.11, n°41, Buenos Aires.

Morales, Nora, Álvarez, Gustavo y Moreno, Martín (2015) "La inserción profesional de los sociólogos en la actualidad: una reflexión sobre la formación metodológica de los egresados recientes de la UBA", ponencia presentada en las XI Jornadas de Sociología de la UBA.

Myers, Jorge (2004) "Términos de comparación: ideas, situaciones, actores", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n°8

Pereyra, Diego (2012) "Razón y Fe. Recorridos y tradiciones de la sociología en la Universidad Católica Argentina (1959-1984)", ponencia presentada en las VII Jornadas de Sociología de la UNLP.

Pereyra, Diego; Balcaza Blanch, Magdalena; Paiva, Vanina; Lazarte, Lautaro y Vila, Estebán (2015) "Atención, sociólogos trabajando. Desafíos de la inserción profesional de los primeros sociólogos y sociólogas en Argentina (1961-1985)", *Política & Sociedade*, Vol.14, n°31.

Perlatto, Fernando y Maia, Marcelo (2012) "Qual sociologia pública? Uma visao a partir da periferia", *Lua Nova*, n°87.

Perlstadt, Harry (2006) "Applied Sociology", en Bryant, Clifton y Peck, Dennis: *21st Century Sociology: a Reference Handbook*, California, Sage.

Piriou, Odile (2006) *La face cachée de la sociologie*, Francia, Belin.

- Ragin, Charles y Zaret, David (1983) "Theory and Method in Comparative Research: Two Strategies", *Social Forces*, Vol.61, nº3.
- Raus, Diego (2007) "La sociología en el 'Proceso'", *Sociología en Debate*, nº1.
- Rubinich, Lucas y Langieri, Marcelo (2007) "La sociología ahora" en *La sociología ahora*, Buenos Aires, SigloXXI.
- Rubinich, L. y Beltrán, G. (eds.) (2010) *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia.
- Sartori, Giovanni (1991) "Comparación y método comparativo", en Sartori, Giovanni y Morlino, Leonardo (comp.): *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- Sartori, Giovanni y Morlino (comp.) (1991): *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza.
- Touraine, Alain (1978) *Introducción a la sociología*, Madrid, Ariel.
- Turkenich, Magalí (2012) "La historia de la sociología en la Argentina: un mapeo de sus principales líneas de análisis e interpretación", ponencia presentada en las VII Jornadas de Sociología de la UNLP.
- Turner, Stephen y Turner, Jonathan (1990): *The Impossible Science. An Institutional Analysis of American Sociology*, California, SAGE.
- Vigour, Cécile (2005) *La comparaison dans les sciences sociales: pratiques et méthodes*, París, La Découverte.
- Vommaro, Gabriel (2008) *Lo que quiere la gente*, Buenos Aires, Prometeo.
- Vommaro, Gabriel y Morresi, Sergio (2012) *Saber lo que se hace*, Buenos Aires, UNGS-Prometeo.
- Yellati, Carolina (1994) "La sociología: entre el sacerdocio y la prostitución", *El ojo furioso*, nº1.
- Wainerman, Catalina y Ruth, Sautu (2001) *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires, Manantial.